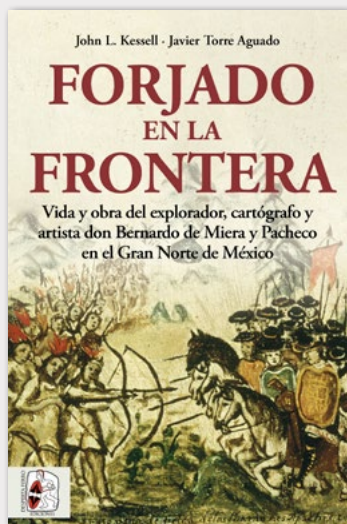


## Epopeya española en el *Far West* americano

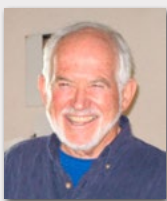
Todos los que hemos crecido viendo *westerns* merecemos un libro como este, en el que el protagonista no se llama Bill o John, sino Bernardo de Miera y Pacheco, y que rescata una historia larga y compleja en la que mucho antes de la “conquista del Oeste”, los pioneros españoles hollaron por primera vez esta indómita y peligrosa frontera y le otorgaron sus características señas de identidad: el caballo, el rodeo, el sombrero, los ranchos y las haciendas, las misiones, los presidios y, sobre todo, su tan característico mestizaje.



**Forjado en la frontera**  
978-84-124830-0-0  
264 páginas + 8 en color  
15,5 x 23,5 cm  
Rústica con solapas  
P.V.P. 24,95 €

El Gran Norte es la región más inhóspita de lo que hoy conocemos como el Oeste americano, una región donde las abruptas cadenas montañosas se alternan con altiplanos desérticos de magnitud inconmensurable, la frontera norte del vasto imperio español en América, una auténtica *Terra Incognita*. El territorio que Bernardo de Miera y Pacheco y sus compañeros de expedición fatigaron durante meses para explorar y cartografiar, en un recorrido tan agotador que les obligó a comerse sus propios caballos para sobrevivir. Pero esta es solo una de las hazañas de una existencia llena de aventuras y de altibajos. Bernardo de Miera y Pacheco, prácticamente desconocido en España, fue una de las figuras más polifacéticas y fascinantes de la América hispánica en el siglo XVIII. Fue un prolífico artista, que pintó y esculpió altares que hoy adornan iglesias y misiones coloniales del estado de Nuevo México. También fue ingeniero y capitán de milicias en varias campañas contra los indios, como la que sostuvo el gobernador Anza con el temible jefe de guerra comanche Cuerno Verde. Explorador y cartógrafo sobresaliente, dibujó con trazo firme los mapas más relevantes y precisos de la frontera norte en la segunda mitad del siglo XVIII y, además, fue comerciante, minero (sin suerte), recaudador de deudas y deudor, en sus horas bajas. Alcalde mayor, ranchero y artesano ducho en el metal, la piedra y la madera. En los últimos años de vida, don Bernardo sirvió como soldado distinguido en el presidio de Santa Fe, la villa más septentrional del imperio español en América, una zona fronteriza, remota y peligrosa, sometida al acoso constante de los belicosos apaches y comanches. Una extraordinaria vida la de este cántabro originario del valle de Carriedo que nos acerca a la experiencia hispánica en la América del siglo XVIII, en un territorio de frontera conocido como el septentrión novohispano y que se convirtió en el rico crisol que es actualmente el Oeste americano.

### Weber-Clements Book Prize, Western History Association



**John Kessell** es catedrático emérito de historia de la University of New Mexico, especializado en el período colonial español en el suroeste de los Estados Unidos. Su último libro es *Whither the Waters: Mapping the Great Basin from Bernardo de Miera to John C. Frémont*.

Hoy en día vive al este de Durango, no muy lejos de donde Miera y los franciscanos acamparon el 8 de agosto de 1776.



**Javier Torre Aguado** es doctorado en Literatura Hispánica por la Universidad de Virginia, y actualmente es catedrático de literatura española en la Universidad de Denver. Su área de especialización son las narrativas de viaje y exploración, con particular

énfasis en la literatura española contemporánea y en el septentrión novohispano.

En librerías el miércoles 29 de junio. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones.

#### Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - [comunicacion@despertaferro-ediciones.com](mailto:comunicacion@despertaferro-ediciones.com)

[www.despertaferro-ediciones.com](http://www.despertaferro-ediciones.com)



# DOSIER DE PRENSA





# FORJADO EN LA FRONTERA

Explicado por sus autores



Bernardo de Miera y Pacheco, detalle del «Mapa de el reino de el nuevo Mexico» presentado al gobernador Marín del Valle, ca. 1760 (restaurado). Cortesía de la Mapoteca Manuel Orozco y Berra. Servicio de Información Agroalimentaria y Pesquera, SAGARPA, México, D.F., Colección Orozco y Berra, n.º 1148-OYB-721-A.

## EN POCAS PALABRAS

Don Bernardo de Miera y Pacheco (1713-1785), un personaje prácticamente desconocido en España hoy, es una de las figuras más fascinantes del siglo XVIII en la frontera norte del Virreinato de la Nueva España, región también conocida como el Gran Norte de México y que hoy situamos en el Oeste americano (EE.UU.). Miera encarnó todos los atributos del hombre de frontera y participó en muchos de los episodios más memorables de la presencia española en ese territorio, tales como la expedición Domínguez-Escalante para conectar Santa Fe (Nuevo México) con Monterrey (California) o la batalla de los soldados de cuera hispanos contra el jefe comanche Cuerno Verde (que tuvo lugar en el actual estado de Colorado).

Aunque vivió en el siglo XVIII fue un auténtico hombre del renacimiento: **buscavidas** montañés

que cruzó el océano y se labró un futuro en el Nuevo Mundo, **emigrante** que empuñó el azadón y cultivó su pequeña parcela de tierra a la orilla del río Grande, **labrador** con sensibilidad y destreza que pintó y esculpió memorables obras de arte; **artista** que tuvo que tomar las armas para defender a su familia, su rancho y su bandera; **soldado** que exploró y cartografió con precisión vastas extensiones de territorio antes considerado *Terra Ignota*; **cartógrafo** que retrató con trazo e interés de **etnógrafo** a los mismos apaches y comanches a quienes combatía. A pesar de sus múltiples habilidades, el polifacético Miera se describía a sí mismo, con la humildad que lo caracteriza, como “labrador”. Sus mapas, que fueron confeccionados con el objetivo de defender la frontera norte del imperio español, paradójicamente sirvieron como referente a los pioneros angloamericanos en su expansión hacia el oeste durante el siglo XIX.

Hoy día, su legado –inspirado en corrientes artísticas originadas en el norte de España– persiste en el Oeste americano: sus tallas religiosas adornan iglesias, misiones y colecciones privadas en diferentes lugares de Nuevo México (EE.UU.), su magnífico retablo de piedra embellece la iglesia de Cristo Rey en Santa Fe, y quienes visitan el pueblo indio de Zuñi pueden admirar el retablo de madera que adorna la misión. Se puede apreciar la belleza de sus pinturas y esculturas en diferentes museos y colecciones privadas de la región. El Capitolio de Denver, Colorado, exhibe una hermosa vidriera que celebra la herencia hispana del estado y en la cual destaca la figura prominente de don Bernardo de Miera, primer cartógrafo de la región.

Este libro –tras un intenso trabajo de investigación, en el que sus autores John Kessell y Javier Torre rescatan documentos y mapas repartidos por numerosos archivos y bibliotecas de EE.UU., México, Inglaterra y España– recupera la figura de Miera y reconstruye su trayectoria vital. El libro subraya la **importancia de su legado artístico, histórico y cultural al tiempo que humaniza al personaje**, describiendo las múltiples e insospechadas ocupaciones que este colono y soldado tuvo que desempeñar en su vida fronteriza para sacar adelante a su familia.

### Lo más polémico...

Hubo un tiempo en que la expansión europea en América fue presentada sistemáticamente en los libros de textos como la arribada gloriosa de una raza superior a un territorio de salvajes. Afortunadamente, desde los años sesenta, esa visión eurocentrista se ha ido moderando, subrayándose la humanidad y los logros de las poblaciones indígenas de América, y reconociendo el sufrimiento que llevó la expansión europea a muchos nativo-americanos. Hoy día, sin embargo, el péndulo se ha desplazado de nuevo, posiblemente en exceso. Mientras que por un lado aún pervive esa interpretación más tradicional de la historia, por otro lado, en círculos cada vez más amplios, se presenta la herencia de la cultura occidental como un mero patriarcado imperialista y opresivo. Esta dialéctica no hace sino acentuar la espiral de enfrentamiento que estamos viviendo. En este contexto, puede parecer, supongo, provocador, escribir un libro ensalzando la figura de un artista y cartógrafo español que también fue soldado y colono y que vivió en la frontera norte del imperio. Presentamos al personaje con sus virtudes y sus defectos, indagamos en sus circunstancias. Tratamos de entenderle a él y a quienes estaban al otro lado de la frontera. El lector sacará sus conclusiones.

### UNA PERSPECTIVA AMPLIA

El breve prefacio, con un comienzo *in media res*, presenta al explorador don Bernardo de Miera en una situación de extrema dificultad: enfermo y recibiendo ayuda de un chamán yuta paiute en un territorio inhóspito del lejano oeste, desconocido por los europeos. Don Bernardo es miembro de una expedición española que se ha adentrado en *Terra incognita* y ahora paga las consecuencias. Además de explorador, don Bernardo fue cartógrafo, artista, escultor, alcalde mayor, soldado distinguido, comerciante, minero y ranchero.

El **capítulo 1** aborda los orígenes de don Bernardo de Miera y Pacheco en el norte de España. Don Bernardo nació en 1713 el valle de Carriedo, en la región que hoy conocemos como Cantabria pero que en aquella época era más conocida como la Montaña y estaba adscrita a la diócesis de Burgos. Aparte de su partida de nacimiento, no existen (o no han visto la luz todavía) otros documentos relativos a la niñez y juventud de don Bernardo. Sabemos que sus ancestros habían servido a la corona, como otros muchos hidalgos montañeses. Esta era una región eminentemente rural que tenía una economía de subsistencia, basada en la agricultura y la ganadería minifundista. Precisamente por lo precario de la situación económica, muchos de los habitantes de esta región (y también los vecinos asturianos y vizcaínos) debían desplazarse durante meses a regiones del centro y sur de España para ganarse la vida como trabajadores manuales. Una de las destrezas que les caracterizaba era la de tallado de la piedra, debido a la tradición cantera que se desarrolló en la Montaña a partir del siglo XVI. Muchos hidalgos montañeses de pocos recursos (categoría en la que podemos colocar a don Bernardo) terminaron estableciéndose en el sur de España, unos dedicados a la cantería y trabajando en la construcción de iglesias y palacios de estilo renacentista y barroco, otros abriendo algún tipo de negocio. Se los conoció como jándalos. Algunos de ellos, más aventureros, partieron desde el puerto de Cádiz rumbo al nuevo mundo, llevando consigo su ambición y, en el mejor de los casos, su talento artístico. Entre ellos se encontraba don Bernardo.

El **capítulo 2** relata lo que era el habitual viaje por mar atravesando el océano de los emigrantes españoles, y la ruta seguida por aquellos que se dirigían a la frontera norte, haciendo parada, obligatoriamente en la opulenta ciudad de México. La capital del Virreinato de la Nueva España era, en el siglo XVIII, el centro económico más rico y con mayor población de todas las Américas, sirviendo de eje comercial entre Asia y Europa. Grupos de canteros montañeses y vizcaínos organizaban la



construcción, por esas fechas, de algunas de las iglesias y palacios más representativos del Barroco mexicano. Miera pudo haber trabajado en esos proyectos, aunque no hay documentos que lo prueben. Sí hay constancia de las congregaciones de paisanos, miembros de la nación montañesa, o vizcaína, en torno a conventos como el de San Francisco, que servían de lugar de encuentro de hidalgos interesados en establecer una sólida red de relaciones sociales. La ciudad estaba llena de oportunidades, pero también de peligros, y tal vez esa fue la razón por la que don Bernardo siguió desplazándose hacia el norte. En algún momento de su juventud, Miera tomó el Camino Real de Tierra Adentro que lo debía conducir, a través de sierras y barrancos, bosques y desiertos, en un viaje que duraba varios meses, hasta el lejano y agreste Gran Norte.

El **capítulo 3** condensa una década en la vida fronteriza en el Gran Norte de México de don Bernardo, que tenía entre 25 y 35 años cuando su vida cambió por completo. Don Bernardo se casó en 1741 con una joven local, María Estefanía Domínguez de Mendoza en el presidio de Janos. En Chihuahua bautizó a su primer hijo, Anacleto, un año más tarde. Pronto decidieron desplazarse aún más hacia el norte, siempre más al norte, a otra población fronteriza: El Paso del Río del Norte. El Paso era una localidad con una población notable de cerca de 5000 habitantes. Estaba establecida a orillas del río Grande (la tierra más fértil y mejor regada con el complejo sistema de acequias que desarrollaron los colonos españoles). Al tiempo que su familia se amplía –en el Paso tuvo a su segundo hijo–, la vida de Miera se va complicando. Logra ahorrar para comprarse una humilde vivienda con su huerta, pero los peligros de la frontera siempre acechan: los constantes asaltos de *indios gentiles* a los ranchos limítrofes obligan a los gobernantes a organizar expediciones contra diferentes grupos, principalmente los apaches. *La apachería* era una vasta región limítrofe donde los apaches, nómadas en gran medida, subsistían en parte atacando a las vecinas poblaciones hispanas.

**Capítulo 4.** Hacia 1756, a la edad de 43 años, don Bernardo de Miera figura como residente, junto con su familia, en la villa de Santa Fe (Nuevo México), la población más al norte donde pasaría el resto de sus días. A lo largo de los años, don Bernardo de Miera recibió diferentes encargos de los sucesivos gobernadores de Nuevo México, convirtiéndose en uno de sus hombres de confianza. El gobernador Marín del Valle ofreció a Miera el puesto de alcalde mayor y capitán de guerra en Pecos y Galisteo, uno de los ocho distritos de la provincia de Nuevo México.

Ese fue un periodo particularmente virulento en las relaciones entre los hispanos y los indios comanches. Los comanches ocupaban una amplia región conocida como la *comanchería*, que estaba al norte de la frontera imperial; los asaltos comanches a ranchos y misiones fueron muy frecuentes, la respuesta eran expediciones punitivas, creando un exacerbado ciclo de violencia. Durante los cuatro años que Miera fue alcalde mayor de Pecos y Galisteo y capitán de guerra (1756-1760), Miera dirigió tres campañas contra los comanches, de las cuales estaba muy orgulloso.

Otra expedición en la que participó don Bernardo, cabalgando junto al gobernador Marín del Valle, fue la inspección regular del Reino de Nuevo México que duró seis meses y recorrió cada rincón del territorio. Con sus herramientas habituales Miera tomaba las mediciones necesarias y después confeccionaba sus detallados mapas. El conocimiento que llegó a tener don Bernardo del territorio hizo de él un colaborador indispensable.

A finales de la década de 1750 comienza la construcción de un enorme retablo labrado en piedra que debía servir como pieza central en la capilla militar de la plaza de Santa Fe. Se trata de la obra más sobresaliente que Miera dejó allí para la posteridad.

El **capítulo 5** presenta la visita del obispo Tamarón al Reino de Nuevo México en el año de 1760. Este episodio hilarante muestra la dinámica peculiar existente entre el clero español y los indios pueblo de las misiones, en proceso de conversión religiosa e hispanización. Los padres empleaban todo tipo de prácticas teatrales para fomentar la conversión de los indios. Los indios pueblo, por su parte, siendo unos genios de la parodia desplegaban en sus bailes sagrados imitaciones satíricas, que en ocasiones incluyeron la del propio obispo. Por esas fechas el hijo mayor de don Bernardo, Anacleto, trató de iniciar el proceso de ordenarse sacerdote, pero no parece que lo consiguiera. También por esas fechas, los comanches llevaron a cabo un violento asalto al rancho Villalpando que se cobró numerosas vidas y fue recogido en diferentes testimonios de la época, incluido el del propio obispo y el que Miera describió en su mapa de 1779. El asalto fue parte de una secuencia de hechos sangrientos que marcaron la vida de los habitantes de la región. Mientras tanto, don Bernardo avanzaba en la construcción de su gran obra de arte, el retablo en piedra de la capilla militar del presidio de Santa Fe, conocida como “La Castrense”.

El **capítulo 6** alterna viñetas de la vida familiar de don Bernardo con la descripción de algunas de sus creaciones artísticas. Un nuevo gobernador, Manuel


Portillo Urrisola, arrogante y arbitrario, fue responsable en la navidad de 1761 de una masacre contra los comanches que ahondó el odio y el resentimiento entre estos e hispanos. Afortunadamente, Portilla no duró más de ocho meses en el cargo. Tras él, regresó el gobernador Vélez Cachupín para ejercer su segundo mandato, involucrando a don Bernardo. En una de las numerosas disputas entre vecinos que debía arbitrar el gobernador, Miera intervino como testigo en el caso de una vaca robada. En otra ocasión, Miera desempeñó el papel de juez en una querrela sobre la propiedad de unas tierras, lo cual pone de manifiesto la confianza que el gobernador había depositado en su paisano. Aparte de estos servicios, Miera sirvió como informante para los miembros de la expedición del marqués de Rubí de 1766, que inspeccionó durante dos años toda la frontera norte, desde el golfo de México hasta el golfo de California. El mapa elaborado en 1771 por el cartógrafo Lafora y su ayudante Urrutia así lo corrobora.

El **capítulo 7** presenta la que fue, posiblemente, la aventura más extraordinaria vivida por don Bernardo, su expedición más intensa, penetrando durante meses en territorio que ningún europeo había explorado hasta la fecha. Se trata de la conocida expedición Domínguez-Escalante, que tuvo lugar en 1776 y cubrió aproximadamente tres mil kilómetros en cuatro meses y abarcó los territorios que hoy están repartidos en cuatro estados (Nuevo México, Colorado, Utah y Arizona). La expedición estaba dirigida por dos misioneros franciscanos, el padre Domínguez, español nacido en la ciudad de México, y el joven fraile Silvestre Vélez de Escalante, otro montañés que había llegado a América siguiendo una trayectoria similar a la del propio Miera, pero por la vía religiosa. Fray Silvestre estaba destinado en la remota misión de Zuñi (Nuevo México), que se ubicaba más allá de la línea defensiva de los presidios españoles y se consideraba la Siberia del reino. El grupo estaba formado por diez expedicionarios entre los que se encontraban también indios genízaros cuya experiencia y valor fue determinante para mantener con vida a todos los miembros. La expedición no llegó a Monterrey, como se había propuesto, pero produjo información valiosísima sobre la región y sus habitantes que quedó plasmada en el diario y derrotero que escribieron los padres, así como en los mapas de la zona elaborados por Miera (particularmente los fechados en 1778, cuyo fin era servir de complemento explicativo al informe de los padres).

El **capítulo 8** sintetiza los cambios que tuvieron lugar en la línea fronteriza tras la llegada de un nuevo gobernador a Nuevo México, el valioso Juan Bautista de Anza, el joven. Nacido en Sonora, de ascendencia vizcaína, Anza había dirigido con éxito la exploración y colonización de la Alta California, llevando hasta San Francisco un grupo de trescientos colonos hispanos que establecerían nuevos asentamientos y fundarían misiones y presidios.

En su nuevo puesto en Nuevo México, el gobernador Anza se sirvió del asesoramiento del curtido hombre de frontera que era Miera, fuente inagotable de conocimientos y experto en la geografía y la historia de la región. Miera y sus dos hijos formaban parte de la Tropa de Cuera y Tropa Ligera, y eran soldados distinguidos. El episodio más famoso de este periodo fue la derrota en 1779 del temido Cuerno Verde, líder de los indios comanches, tras la cual los hispanos pudieron, finalmente, firmar en 1786 un tratado de paz con los comanches del que se beneficiarían todos los grupos que habitaban en la región. Don Bernardo de Miera fue un colaborador asiduo en todo este proceso.

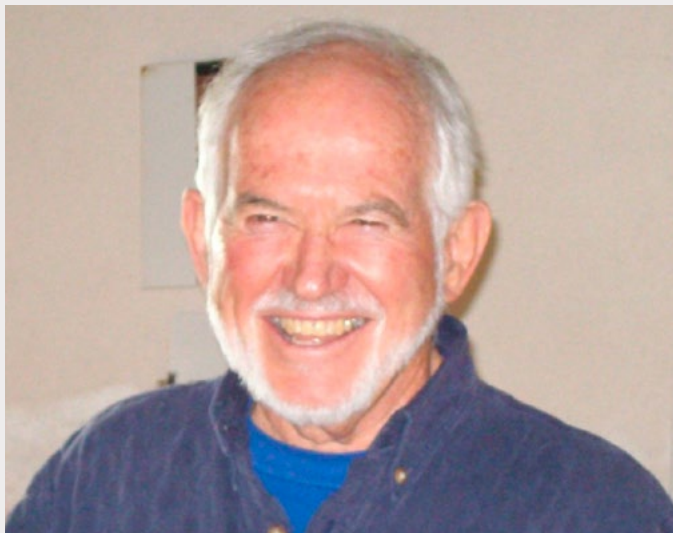
El **capítulo 9**, último del libro, relata los últimos años de la azarosa vida de don Bernardo. Nuevo México sufrió en 1781 nuevas epidemias que diezmaron a la población, más aún la de indios pueblos que la de hispanos. En contrapartida, la familia Miera seguía creciendo y don Bernardo se hizo abuelo con numerosos nietos, aunque su querida esposa Estefanía falleció en diciembre de 1782. Después de 35 años de lucha constante entre diferentes grupos, un año después de la muerte de don Bernardo en 1785, se firmó un tratado de paz entre los comanches, los hispanos, los indios pueblo y los indios yuta. Más tarde se unirían los indios navajos y otros grupos apaches. Ese fue el mayor éxito militar y diplomático conseguido en la frontera en los cien años precedentes. Don Bernardo no llegó a ver el momento, pero fue obra tanto del buen hacer del gobernador Anza, como de la ayuda ofrecida por su fiel don Bernardo. El soldado y cartógrafo Miera había dejado su huella en la memoria de aquellos que cabalgaron con él. Sus mapas se emplearían, todavía un siglo más tarde, en la expansión estadounidense hacia el Oeste. En 1976, durante la celebración del centenario de la formación del estado de Colorado, la población hispana eligió a Miera como su figura representante y lo inmortalizó en una vidriera que adorna el Capitolio de Colorado.



Bernardo de Miera y Pacheco

DOSIER DE PRENSA





## ENTREVISTA A LOS AUTORES

### ¿Qué les empujó a escribir este libro?

La atracción por la figura de don Bernardo, la composición de un relato histórico a partir de documentos inconexos y de mapas desperdigados por archivos y bibliotecas en todo el mundo, el reto de reconstruir una vida a partir de retazos deshilvanados pero, sobre todo, la imperiosa necesidad de revivir la historia de un personaje singular, de un esforzado emigrante que fue capaz de sacar adelante a su familia uno de los territorios más peligrosos e inhóspitos de América durante el siglo XVIII, de un inteligente cartógrafo y un artista multidisciplinar, de un soldado fiel a la corona que arriesgó su vida en numerosas ocasiones por defender a su comunidad. Más importante aún, reconstruir la vida de don Bernardo es una excusa, en muchos sentidos, para sumergirse en ese mundo fronterizo y hacer un esfuerzo por empatizar y entender a todos los individuos y grupos étnicos –tales como apaches, comanches, indios pueblo, indios genízaros, yutas, y otros–, que, desafortunadamente, se vieron enfrentados durante décadas conflictivas en las que la violencia cobró vidas en todos los hogares.

### ¿De qué forma le gustaría que su libro cambiara la percepción de los lectores sobre esta época?

Fantástica pregunta, iré directo al grano. En la actualidad se está fomentando, desde las universidades, desde los medios de comunicación y, sobre todo, desde el discurso político (y las omnipresentes políticas de identidad), una narrativa simplista y maniquea de la historia, donde estamos divididos entre opresores y oprimidos, víctimas y victimarios. Yo mismo he participado durante años de esta visión, empapado de teoría poscolonial que ha impregnado el campo de estudio de la narrativa de viajes y exploración y otras áreas académicas; hasta que me harté de leer, como dice Camille Paglia, con un bolígrafo rojo en la mano, juzgando moralmente a autores y

personajes –o peor, a grupos enteros– de cualquier otra época. No puede ser que los educadores actuales nos fueren, con anteojeras, a decidir entre buenos y malos, tirios y troyanos, a subrayar, únicamente, la perversidad de unos y la bondad e inocencia de los otros. La vida en la frontera americana durante el siglo XVIII, la vida que experimentó don Bernardo y todos sus coetáneos –independientemente del grupo étnico al que pertenecieran– era una vida dura, peligrosa, llena de penalidades. Los conflictos violentos, las enfermedades, las hambrunas, las sequías no hacían sino acentuar la aspereza de una geografía inclemente. Así había sido antes de la llegada de los españoles (como demuestran los restos arqueológicos de Mesa Verde o El Chaco) y así continuó siendo después. Que en esas circunstancias un hombre como don Bernardo fuera capaz de perseverar con su arte, que sin duda le servía como escape de las miserias de la vida, con la paciencia y la dedicación necesaria para producir sus detallados mapas o sus retablos, es simplemente una muestra de la capacidad creativa del ser humano, que se crece ante las dificultades. La misma capacidad ingeniosa y creativa que habían desplegado, por otro lado, cazadores, exploradores, constructores, artistas y chamanes indios que habían vivido en la región desde hace milenios. También Mesa Verde y otros asentamientos de los indios pueblo y sus ancestros, son muestra de esto, por no hablar de Mesoamérica, donde igualmente convivían el genio artístico con el bélico.

### ¿Cómo modifica este libro nuestra comprensión del Oeste americano?

Los que, como yo, han crecido viendo películas del Oeste, merecen un libro como este (y ojalá, también una película en el futuro), donde el aventurero explorador no se llame Clark, o Bill, o Jim, sino Bernardo, o Silvestre. Se trata de rescatar una historia larga, densa, compleja,



donde jóvenes españoles entraron en contacto y se adaptaron como pudieron a una realidad americana apabullante, echaron raíces allí y estableciendo el germen de lo que sería la comunidad hispana o latina, llámala como quieras. En primer lugar, tenemos que conocer esa historia, que ha quedado oculta o distorsionada por distintos motivos; y después reivindicarla. La leyenda negra ha congelado en la memoria el icono del cruel conquistador sediento de oro y ha borrado de la historia a los emigrantes españoles de los siglos siguientes y a sus descendientes. Son más de trescientos años de historia española e hispana que marcaron para siempre el Oeste –que entonces se conocía como el Gran Norte–, y le dieron algunas de sus inequívocas señas de identidad: el caballo, el rodeo, el sombrero, los ranchos y haciendas, las acequias, misiones, los presidios, el arte religioso (como el de don Bernardo) y, sobre todo, ese mestizaje que es característico de América

Latina y también de esta parte de EE.UU., ese Oeste hispano-mexicano que servía de decorado acartonado para las películas que veíamos de niños, pero cuyo origen nunca se explicaba. Debemos distinguir bien entre los siglos XV y XVI, los primeros años del encuentro (o encontronazo) entre dos mundos, del siglo XVIII, época de don Bernardo. La frontera en el siglo XVIII era algo muy mezclado, ya no tenemos esa distinción primaria entre españoles e indios, estamos en una región “de primos” donde los mestizos e indios hispanizados son mucho más numerosos que

los españoles, son el grueso de la población hispana en los ranchos, pueblos, villas y presidios. En esta época, como en otras anteriores, grupos indios en conflicto pactan con los hispanos (y viceversa), establecen alianzas beneficiosas para ambos grupos desdibujando oposiciones maniqueas proyectadas desde el presente; y las alianzas cambiaban con el tiempo, en un panorama tornadizo y peligroso. Los indios pueblo del pueblo de Laguna, por ejemplo, lucharon codo con codo con los hispanos durante la gran revuelta de los indios pueblo de 1680. Décadas más tarde, en la época de don Bernardo de Miera, los indios yuta y apache jicarilla se aliaron con los hispanos para dar fin a los asaltos a sus poblaciones llevados a cabo por el jefe comanche Cuerno Verde y sus hombres; exactamente igual que tlaxcaltecas y totonacas, aliados de los españoles, habían luchado en el valle de México, siglos atrás, contra los aztecas. Ninguna película

ha profundizado nunca este Oeste, que es el nuestro (en sentido afectivo, no posesivo), y cuesta imaginarlo. Para eso está este libro.

**Después de haber estudiado a fondo la obra y la vida de don Bernardo, de haberlo conocido a través de sus piezas artísticas y sus acciones. ¿puede decirnos qué personalidad tenía? ¿cómo era don Bernardo?**

Hay fórmulas hechas para referirse a figuras como él: “hombre del Renacimiento”, “hombre orquesta”, “Jack of all trades” (en inglés). Don Bernardo era, principalmente, un hombre polifacético, con múltiples intereses y capacidades, pero era, sobre todo, un superviviente que pasó la vida tratando de prosperar y sacar adelante a su familia en un territorio remoto y hostil. La suya, en muchos aspectos, es la vida de tantos colonos hispanos

que echaron raíces en el Gran Norte de México. Don Bernardo era, además, enérgico, impetuoso y un poco terco (como lo retratan sus compañeros de expedición, los padres Escalante y Domínguez), dispuesto siempre a embarcarse en una nueva aventura... incluso cuando, con más de cincuenta años ya, lo que le debía pedir el cuerpo era tumbarse a la fresca en su huerta, y no una cabalgada de miles de kilómetros. Hizo suyas las preocupaciones defensivas de los sucesivos virreyes y no dudó en enviar directamente, al rey de España, sus consejos y opiniones sobre las estrategias a seguir. Como buen soldado, era

fiel a la corona y al gobernador, su inmediato superior. Por otro lado, no dudaba en recurrir a los chamanes y la medicina indígenas para poner fin a sus achaques (aun a sabiendas de que eso enervaba a los misioneros con quienes se codeaba), o en usar los pigmentos empleados por los nativos para enriquecer su pintura y embellecer sus tallados en madera. Vivió entre dos mundos, o más, y ese es su legado.

Es una lástima que los dos accidentes geográficos a los que dio su propio nombre en su expedición de 1776, el “Laberinto de Miera” (un cañón estrecho y escarpado) y la “Laguna de Miera” (un lago hoy seco) no hayan permanecido en la cartografía actual de la región. Sin embargo, su memoria sigue viva en museos y colecciones de arte, gracias a su obra y la de sus seguidores y herederos artísticos, creadores hispanos de la región como Charlie Carrillo o Carlos Santistevan.

**“La leyenda negra ha congelado en la memoria el icono del cruel conquistador sediento de oro y ha borrado de la historia a los emigrantes españoles de los siglos siguientes y a sus descendientes. Son más de trescientos años de historia española e hispana que marcaron para siempre el Oeste”.**





Bernardo de Miera y Pacheco, «Mapa de esta parte interna de la Nueva Mexico», dedicado al virrey marqués de las Amarillas, ca. 1759. Museo Nacional del Virreinato, México, D.F., cat. n.º PI/0884. En *Pintura Novohispana*, vol. 3, pág. 272.

**¿Cuáles eran los principales retos a los que se debía enfrentar un colono como don Bernardo viviendo en la frontera norte de la Nueva España?**

Los retos eran muchos, la geografía del suroeste americano es inclemente. Desiertos extensísimos, sierras inaccesibles, temperaturas extremas. Un clima de atosigante calor en el verano y temibles nevadas en el invierno. En esas condiciones, el ser humano, desde milenios atrás, tuvo que esforzarse, tanto en ingenio como en capacidad física, para extraer a duras penas el fruto de la tierra. Después estaba el factor humano. La frontera separaba a los grupos hispanizados (hispanos e indios amigos) de los no hispanizados (indios gentiles, nómadas). Pero la frontera no era nítida. Dentro de cada grupo había también subgrupos, facciones enfrentadas e individuos que, como hoy, negociaban tanto con productos como con su propia identidad

cambiante. Las alianzas eran múltiples y tornadizas. Era un mundo en constante transformación, lo cual aumentaba las posibilidades, pero también los riesgos. Para colmo, cada diez o veinte años una epidemia (de cólera, de viruela, de sarampión, y más) asolaba la región y diezaba a sus habitantes. Los nativos morían en mayor proporción porque eran más susceptibles a esos patógenos, pero el sufrimiento era omnipresente. También había sequías y hambrunas. Cuando en nuestro cómodo siglo XXI (y me refiero al del mundo occidental) nos quejamos de las malas condiciones laborales, de injusticias y opresión, o incluso de la reciente epidemia de Covid, debemos poner en perspectiva nuestras circunstancias, apreciar cuánto han mejorado las cosas y agradecer la enorme suerte de haber nacido en esta época y en estas latitudes. Cañerías, agua potable abundante, cuartos de baño, aire



acondicionado, paz, leyes igualitarias, sanidad pública gratuita, todo eso era una entelequia inimaginable para los protagonistas de nuestro libro.

### **¿Cómo era la relación de los hispanos con los diferentes grupos de indios de la región?**

Como he dicho más arriba, las relaciones eran variadas y cambiantes. Hacia 1741, cuando don Bernardo de Miera se instala en la frontera norte, los hispanos y los indios pueblo, ambos grupos de tradición sedentaria y agrícola, habían alcanzado lo que podríamos llamar una acomodación beneficiosa para ambos grupos y marcada por el mutuo respeto. En las décadas o siglos anteriores habían estado enfrentados, desde la primera incursión violenta en la rivera del río Grande de Francisco Vázquez de Coronado en 1541, hasta la gran revuelta de los indios pueblo de 1680 había habido un pulso constante, con los hispanos tratando de imponer su religión a la fuerza incorporándolos a su forma de vida y los indios pueblo resistiéndose al cambio. A partir de la recolonización de 1692 hubo un esfuerzo por ambas partes para conseguir una convivencia pacífica. Esto se hizo

aún más evidente tras la llegada, a partir de 1700, de un nuevo grupo en plena expansión militar, los comanches procedentes del norte que desplazaron a grupos nómadas y seminómadas como los apaches y yutas, y amenazaron y asaltaron poblaciones sedentarias como los hispanos e indios pueblo. Otro grupo interesante y peculiar, reflejo de este mundo fronterizo, es el de los indios genízaros, indios de un grupo (o nación, en lenguaje empleado por los españoles de la época) que habían sido hechos cautivos por indios de otro grupo, típicamente nómada, y después habían sido rescatados por los hispanos y habían pasado a trabajar –oficialmente durante una década– en

el servicio doméstico. A pesar de su inherente pluralidad (la única lengua en común era el castellano, dado que sus respectivas lenguas maternas eran diferentes), terminaban viviendo juntos en nuevas comunidades de indios genízaros hispanizados (como la de Abiquiú) que servían de línea defensiva de los ataques de grupos nómadas como apaches y comanches. Su destino quedó ligado al de los colonos hispanos. A lo largo de las décadas todas estas comunidades se fueron mezclando progresivamente, dando como resultado una “comunidad de primos”.

Los indios yuta, que es uno de los grupos que durante más tiempo había vivido en la región, negociaban y pactaban unas veces con los hispanos, otras con los apaches o comanches. Por último, estaban los grupos en conflicto, apaches y comanches especialmente. Estos dos grupos eran enemigos encarnizados entre sí, y también enemigos de los hispanos y de los indios pueblos. De costumbres nómadas, dominaban amplias extensiones de terreno, conocidas respectivamente como *la apachería* y *la comanchería*, eran expertos jinetes y bravos guerreros. Durante las décadas en que Miera vivió en la región

**“De costumbres nómadas, dominaban amplias extensiones de terreno, conocidas respectivamente como *la apachería* y *la comanchería*, eran expertos jinetes y bravos guerreros. Durante las décadas en que Miera vivió en la región de la frontera, los asaltos de apaches y comanches a misiones, ranchos y poblaciones hispanas y de indios pueblo eran constantes”.**

de la frontera, los asaltos de apaches y comanches a misiones, ranchos y poblaciones hispanas y de indios pueblo eran constantes, y la respuesta eran expediciones punitivas. En esta espiral de violencia, los hombres luchaban y morían, mientras las mujeres y los niños –si no fallecían en las escaramuzas– cambiaban de manos y de bando frecuentemente. La toma de cautivos era una realidad dramática y dolorosa.



Se permite la reproducción total o parcial de esta entrevista sin citar la fuente.

# ÍNDICE Y FRAGMENTOS SELECCIONADOS

Agradecimientos

Prefacio

## 1 EN LOS VALLES DE CANTABRIA

Un poco de historia familiar  
Hidalgo, jándalo y cantero

## 2 HACER LAS AMÉRICAS

El viaje  
La opulenta ciudad de México  
El convento de San Francisco de México y la nación montañesa

## 3 PERIPECIAS EN EL PASO

Una boda en Janos  
Echando raíces en El Paso  
La vivienda de la familia Miera y Pacheco  
La expedición contra los apaches junto con el padre Menchero en 1747  
El mapa del padre Menchero  
Un minero en apuros  
Una conducta llega a El Paso  
La propiedad de la tierra  
Un nuevo jefe en El Paso  
Las deudas de don Bernardo de Miera

## 4 NUEVA VIDA EN SANTA FE

La pirámide de poder: tres montañeses y un riojano  
La casa de los Miera en Santa Fe  
Alcalde mayor y capitán de guerra  
Luchando contra los indios comanches ...y apadrinando indios pueblo  
Forjando cañones  
La expedición con el gobernador Marín del Valle y el mapa de la región (1758)  
«Mapa de esta parte interna de la Nueva Mexico [...]», las provincias del Moqui y Navajo (ca. 1759)  
«Mapa de el reino de el nuebo Mexico [...]», dedicado a Marín del Valle (1760)  
Un proyecto ambicioso: el retablo en piedra y un sarcófago

## 5 EL AÑO DE 1760

La visita del obispo Tamarón  
El ataque comanche al rancho Villalpando  
La burla de los indios pueblo y el castigo divino  
El retablo de «la Castrense»  
Últimos arreglos del gobernador saliente, Marín del Valle

## 6 ENTRE EL ESTABLO Y EL ESTUDIO

Una masacre contra los comanches  
El regreso del gobernador Vélez Cachupín  
De testigo ocasional a juez interino  
Los genízaros de Abiquiú  
La expedición del marqués de Rubí de 1766 y nuevos mapas  
El rancho de don Bernardo  
Nuevas nupcias en la familia

## 7 PERSIGUIENDO UN SUEÑO CON DOS MISIONEROS

El misterio de los hombres barbudos  
Vélez de Escalante, misionero en Zuñi  
Los indios hopi y la conexión Santa Fe-Monterrey  
Obras de Miera en Zuñi  
Reclutando expedicionarios  
Asalto comanche a La Ciénaga  
La expedición Domínguez-Escalante  
De vuelta en Santa Fe

## 8 A LAS ÓRDENES DE ANZA

La familia Anza y la colonización de California  
El caballero Croix: comandante general de las Provincias Internas  
Las cartas de don Bernardo de Miera  
Un nuevo plan para la línea fronteriza  
El gobernador Anza, los Miera y los soldados de cuera  
Cuerno Verde, jefe comanche  
Más reformas en Santa Fe (y resistencia vecinal)  
A vueltas con los indios hopi  
El plan de conexión Sonora-Santa Fe  
Otros proyectos artísticos de Miera

## 9 «MI ÁNIMO, MAJESTAD, ES SERVIRLE HASTA MORIR»

Epidemias, bodas, nacimientos y más muertes  
Una paz precaria y con fecha de caducidad  
«Fuente de orgullo hispano y chicano»

Bibliografía

Índice analítico



Talla de san José con el santo niño, ca. 1784-1785. Bulto de yeso pintado al óleo, 170 cm de altura. Fotografía de Blair Clark. Cortesía de la Archidiócesis de Santa Fe.



# PREFACIO

Una noche de octubre, un explorador enfermo yacía en un lecho dentro de una choza india, sus quejidos de dolor se podían escuchar desde lejos en la espesura de la noche. Dentro de la choza, un viejo chamán yuta paiute entonaba cánticos en una lengua que el enfermo desconocía; no obstante, el explorador confiaba en los conocimientos del indio y su poder curativo. Nuestro explorador llevaba tres meses viajando por territorio desconocido, sufriendo intensos dolores de estómago, retortijones violentos que le habían incomodado a lo largo de casi todo el camino y que ya no soportaba más. Era un hombre de poca estatura, de gesto adusto y contenido; el destello de sus ojos azules, que brillaban a la luz de la hoguera, mostraba el intenso dolor que padecía.

Algunos compañeros de expedición observaban el ritual, silenciosos y expectantes, desde un rincón de la choza. En su mayoría eran indios hispanizados y mestizos, también ellos confiaban en los poderes curativos del chamán y seguían respetuosamente la ceremonia. Al fin y al cabo, conocían a los indios yutas y sus costumbres, llevaban años comerciando con ellos en esta zona al sur de las Montañas Rocosas.

El explorador y sus acompañantes llevaban meses atravesando el territorio más inhóspito de lo que hoy conocemos como el Oeste americano pero que ellos llamaban el Gran Norte: una región donde las abruptas cadenas montañosas se alternan con altiplanos desérticos de magnitud inconmensurable. Ningún europeo se había adentrado antes por ese territorio que en los mapas venía reseñado como *Terra Incognita*. Es cierto que el reducido grupo de exploradores contaba con la inestimable ayuda de guías indios que conocían bien la zona; aún así, el recorrido había sido tan extenuante que en el camino de regreso habían tenido que recurrir a comerse sus propios caballos para poder sobrevivir.

El enfermo, un veterano hombre de frontera, no era Daniel Boone, ni Davy Crockett, ni Buffalo Bill, ni ningún otro legendario explorador americano, sino don Bernardo de Miera y Pacheco, un español, montañés para más señas. El lugar donde se encontraba no era ni México ni Estados Unidos, sino la frontera norte del vasto imperio español en América, los límites entre El Reino y Provincias de Nuevo México –así se llamaba esa remota región al norte del imperio– y los territorios inexplorados donde habitaban diferentes tribus de indios, muchas de ellas todavía desconocidas por los españoles.

Miera, prácticamente un desconocido hoy en España, fue una de las figuras más versátiles y fascinantes de la colonia española en América durante el siglo XVIII y, durante toda su vida, desempeñó una extraordinaria variedad de papeles. Don Bernardo de Miera fue un artista prolífico: pintó y esculpió altares que hoy adornan diferentes iglesias y misiones coloniales del estado actual de Nuevo México, en Estados Unidos. Pero, además, fue *ingeniero y capitán de Milicias* en diferentes campañas contra los indios; explorador y cartógrafo, dibujó con trazo firme los mapas más relevantes y precisos de la frontera norte durante la segunda mitad del siglo XVIII; también fue comerciante, minero (sin suerte), recaudador de deudas y... deudor; en sus horas bajas; alcalde mayor; rancharo y artesano versátil ducho en el metal, la piedra y la madera. No era vanidoso, por esa razón no se tomó la molestia de firmar muchas de sus obras (lo cual hoy supone un engorro para los especialistas en arte colonial que estudian su obra).

Durante los últimos siete años de su vida don Bernardo sirvió como *soldado distinguido* en el Presidio de Santa Fe, la villa más al norte del imperio español en América, una zona fronteriza, remota y peligrosa. Don Bernardo también fue un devoto católico, marido y padre de dos hijos y una hija. Pero volvamos a los orígenes...

## CAPÍTULO 1

# EN LOS VALLES DE CANTABRIA HIDALGO, JÁNDALO Y CANTERO

La infancia y juventud de don Bernardo de Miera y Pacheco son un misterio. No existe documentación que nos permita reconstruir sus andanzas. Desde su partida de nacimiento, fechada en 1713, hasta el documento que da constancia de su boda en 1741 en la frontera norte de Nueva España, en Janos (en el actual estado de Chi-

huahua, México) hay una laguna de casi treinta años llena de incógnitas.

Tampoco sabemos nada de la educación de Bernardo. Podemos asumir que inició los estudios con su padre y con el párroco local, como era habitual en la época y sobre todo en aquellos pueblos de la Montaña. Es posi-

ble que enviaran a Bernardo a alguna escuela religiosa o incluso al seminario. Precisamente, muchos años más tarde, en Nuevo México, cuando don Bernardo tuvo su primer hijo, fue lo que hizo. Era propio de la época y lo ha sido hasta fechas relativamente recientes. Sea como fuere, ni Miera padre ni su hijo optaron por la carrera religiosa. Los primeros veintiocho años de vida de don Bernardo son un misterio que, por ahora, solo podemos tratar de reconstruir a base de pistas o mediante el conocimiento de la vida cotidiana en Cantabria y en México durante esos años.

¿Qué edad tenía Bernardo cuando viajó a las Indias?, ¿qué le motivó a emprender el viaje?, ¿quién lo acompañó o quién lo esperaba allí?, ¿tenía algún tío u otro familiar, como solían tener otros montañeses que dieron el gran salto en una migración en cadena? A su paso necesario por la ciudad de México, ¿cuánto tiempo permaneció allí?, ¿cómo y cuándo llegó a la frontera norte de Nueva España? Seguro que cuando conoció a su novia Estefanía tuvo que dar muchas explicaciones al padre de la novia antes de poder pedir su mano. De hecho, el procedimiento habitual en el Nuevo Mundo era que si un peninsular quería casarse allí, tenía que presentar a la Iglesia y al Ejército documentos relativos a su bautizo, así como testimonios de amigos, allegados o testigos que pudieran confirmar que lo conocían en España o a su llegada a América.<sup>7</sup> Si pudiéramos localizar esos documentos, ¿qué nos dirían?, ¿cómo nos ayudarían a entender mejor

las razones del viaje de Bernardo y aspectos de su personalidad y de su historia?

No podemos responder a ninguna de todas estas cuestiones con seguridad. Hasta que no aparezcan documentos que, de manera fehaciente, nos permitan determinar los pasos de ese proceso, todo lo que podemos hacer es elucubrar acerca de ese periodo de su vida. Lo que sabemos, sin duda, es que la travesía partió de Cádiz. Todo el comercio con las Indias pasaba por la Casa de Contratación que, aunque fue establecida por la Corona de Castilla en el puerto de Sevilla en 1503, unos doscientos años más tarde (exactamente en 1717) se trasladó al puerto de Cádiz. Miera no era menor de cuatro años cuando viajó a América, por tanto, lo hizo desde Cádiz. Tal vez fuera un chaval de dieciséis o dieciocho años, la edad de muchos de los pasajeros a las Indias. Su paisano y contemporáneo don José de Escandón y Helguera –otro montañés que dejó una huella memorable en la frontera norte, donde fundó ciudades que llevan por nombre Laredo, Reinosa o Camargo, entre otras– marchó a las Indias con quince años y allí hizo vida y carrera.

Es posible que el joven Miera tuviera veinte años, o tal vez veinticinco, cuando partió hacia el Nuevo Mundo. No lo sabremos hasta que aparezca el documento que solían presentar todos los viajeros legales que iban a las Américas. También existe la posibilidad de que fuera como polizón, eso explicaría que no haya rastro de su nombre en el Archivo de Indias.

## CAPÍTULO 2

# HACER LAS AMÉRICAS

### EL VIAJE

Mientras los gerifaltes firmaban acuerdos internacionales, el español corriente sufría en sus carnes los vaivenes de la historia y reaccionaba como podía. Los que no encontraban oportunidades, o no veían salidas, tenían ante ellos una ruta de escape llena de incertidumbre, pero también cargada de promesas: el Nuevo Mundo, las Indias. El novelista José María de Pereda describe así el perfil del cántabro emigrante en su libro *Escenas montañesas* (1864):

Por regla general, a los niños, apenas dejan los juguetes, les acomete el afán, sobre todas sus otras aspiraciones, de hombrear, de tener mucha fuerza y de levantar medio palmo sobre la talla; pero cuando los niños son de estas montañas [...] su único anhelo es la independencia con un «don» y mucho dinero. Y, según ellos, no hay más camino para conseguirlo que irse «a las Indias».<sup>1</sup>

Bernardo de Miera, que no debía de distinguirse mucho de los mozos de los que habla Pereda, emprendió su viaje durante la década de 1730, probablemente. El paso habitual, en realidad el único, para llegar al norte de México, donde recuperamos la historia de Bernardo en 1741, era el siguiente: los barcos salían de Cádiz y la travesía duraba, aproximadamente, cuatro largos meses en alta mar, difíciles de imaginar para el navegante contemporáneo. Por fortuna, testimonios de la época nos ayudan a recrear el periplo. Un joven montañés que completó el viaje desde Cádiz hasta Veracruz, más o menos medio siglo más tarde que don Bernardo, en 1771, lo relató de esta manera:

Los primeros 12 o 15 días me mareé de tal suerte que nada me paraba en el estómago, sin tener ganas, ni que comer, y con corta diferencia seguí lo mismo toda



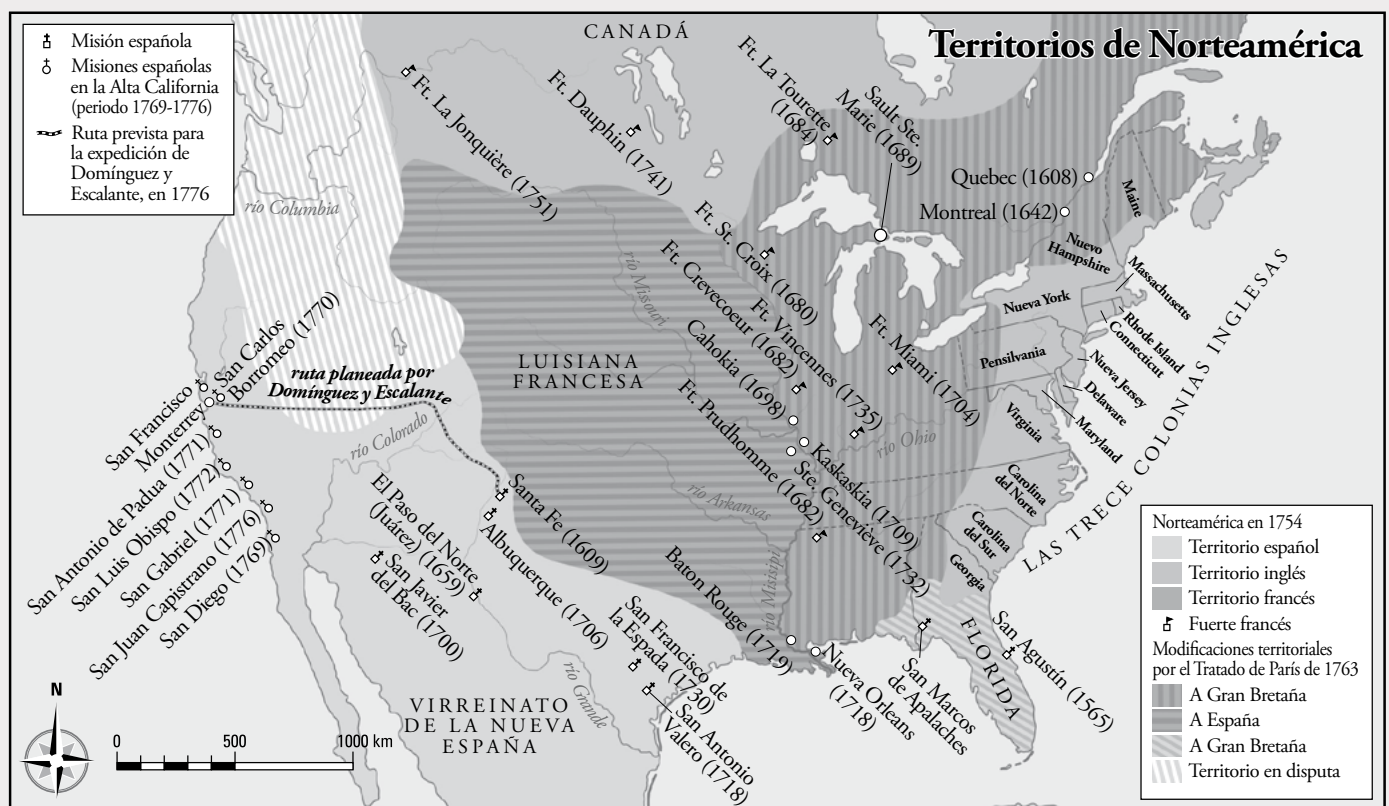
la navegación con pocos y malos alimentos, no habiendo otros que galleta y carne sumamente salada que cruñían los dientes al comerla siendo lo peor que escaseó el agua y por medida lo redujeron a darnos primero vino, y después ni medio cuartillo al día. A más de esto tuvimos muchos desechos temporales con peligro de perdernos especialmente en las costas de Veracruz donde en más de 10 o 12 días tuvimos tal borrasca que ni los Pilotos sabían lo que debían hacer.<sup>2</sup>

Una travesía incómoda, difícil, que experimentaron con pocas variaciones cientos de emigrantes españoles durante décadas. El viajero arribaba a Veracruz donde, si era afortunado, ya conocía a alguna persona a quien presentar las cartas de recomendación que, por norma, portaba para abrirse camino. Aunque era en Puebla o en la ciudad de México, los grandes centros administrativos y de poder, donde se hallaban muchos de los destinatarios de esas misivas.

Veracruz había sido fundada por Hernán Cortés en 1521 y, desde ese momento, se había convertido en paso ineludible de circulación y de comercio entre la metrópoli y el virreinato. Cuando Miera des-

embarcó en la costa de Veracruz, seguía una ruta comercial que llevaba establecida más de doscientos años. De la ciudad de México llegaban todo tipo de artículos de lujo que, a su vez, provenían de Asia y que terminaban por recalar en Cádiz y distribuirse por toda Europa. En sentido inverso, también llegaban productos de España.

De Veracruz se viajaba hacia el interior a «la muy noble y muy leal ciudad de los Ángeles» (hoy conocida como Puebla), un importante núcleo urbano desarrollado por los españoles que contaba con catedral y universidad desde el siglo XVI. A mediados del XVIII residían en la ciudad ochocientos vecinos españoles.<sup>3</sup> De allí, hacia la ciudad de México, al atravesar el paso de montaña junto a los volcanes Iztaccíhuatl y Popocatepetl, Miera debió de maravillarse ante ese sublime paisaje, más aún con la fabulosa vista desde la ladera del volcán hacia poniente, que regala una panorámica muy parecida a la que había tenido el propio Cortés doscientos años antes, cuando se asomó desde lo alto a la soberbia ciudad mexicana de Tenochtitlan, en el corazón del lago de Texcoco. Por las fechas en las que Miera recaló allí, la nueva ciudad de México se desplegaba majestuosa a lo lejos, todavía orillada, en parte, por lo que quedaba del gran lago de Texcoco.



### CAPÍTULO 3

# PERIPECIAS EN EL PASO

## LA EXPEDICIÓN CONTRA LOS APACHES

### JUNTO CON EL PADRE MENCHERO EN 1747

Como otros españoles que vivían en El Paso, y como era habitual en esas zonas fronterizas, Bernardo de Miera y Pacheco era, al mismo tiempo, colono y soldado. Por ello, sirvió de manera intermitente en el presidio de El Paso a las órdenes del capitán Rubín. Años más tarde, en su carta al rey, Miera explicaba que había servido en «cinco campañas contra los enemigos Apaches y los Sumas sus confederados».<sup>8</sup>

Los soldados-colonos era un grupo variopinto que englobaba los diferentes colectivos sociales y raciales del México de la época. A mediados del siglo XVIII, la mitad de los soldados eran criollos (descendientes de españoles, nacidos en México); un tercio mestizos, principalmente de indios y españoles; y el resto, aproximadamente un quince por ciento, indios hispanizados.<sup>9</sup> En 1747 se desencadenó una campaña general de carácter extraordinario contra los indios gila apache para la que Rubín nombró a Miera ingeniero y capitán de milicias. Desde ese momento, hasta la muerte de Miera en 1785, el ingenioso montañés fue un observador privilegiado y un cronista de las intensas reformas acometidas por los gobernadores españoles que tenían como objetivo reforzar la extensísima y, ciertamente, vulnerable frontera norte de Nueva España.

Mientras Gran Bretaña, Francia y España contendían en otros lugares del globo, a la lejana frontera norte del imperio español en América llegaban las noticias con cierto retraso y la región se preparaba para cualquier invasión. La Corona quería tener un conocimiento preciso de la extensión de sus territorios y conocer la localización exacta de las fronteras, por lo que se hacía necesario disponer de mapas fiables. Miera estaba en posición de ofrecer sus servicios y conocimientos. No sabemos dónde había aprendido Miera a dibujar mapas, tal vez fuera en España, o en la ciudad de México, lo que sí sabemos es que, por aquellas fechas, las autoridades ya lo consideraban un buen cartógrafo y en quien se podía confiar para dicho servicio, tan importante para la Corona.

El virreinato de Nueva España, bajo la majestad de Fernando VI (1746-1759), se extendía por toda la parte occidental de Norteamérica, desde el norte de Guatemala hasta el legendario estrecho de

Anián e incluía las islas Filipinas. En 1747, el virrey era otro montañés, Juan Francisco de Güemes y Horcasitas, un administrador capaz y con visión de futuro –algo poco común–, que había sido capitán general de Cuba y que fue, en el futuro, conde de Revillagigedo.

El virrey no solo había oído hablar de los indios gila apache sino que, incitado por su despacho o ministerio de guerra, estaba decidido a acabar con la sublevación. Sobre su escritorio se apilaban las numerosas denuncias de asesinatos, pillaje y robos de ganado. Cualquier intento de expandir la frontera imperial hacia los ríos Gila o Colorado estaba destinado a darse de bruces con el territorio conocido como la *Apachería*, controlado por los indios apaches, que se extendía al norte de Nueva Vizcaya (el actual estado mexicano de Chihuahua), al norte de Sonora y al sur de Nuevo México. Por esta razón, El Paso era un punto clave, central, del límite entre los territorios hispano y apache.

El capitán y alcalde mayor de El Paso, Rubín de Celis, era la persona adecuada para tal circunstancia histórica. El virrey Güemes delegó en Rubín el liderazgo y la tarea de delimitar claramente las fronteras. A su vez, Rubín encargó a Miera, su ingeniero y capitán de milicias, que elaborara los mapas en cuestión y «se hiciera demarcación de toda la tierra que se transitara».

La expedición contra los indios gila apache requería de un esfuerzo coordinado y la participación de efectivos de tres provincias diferentes, con soldados provenientes de cinco presidios: El Paso y Santa Fe (en Nuevo México), Janos (Nueva Vizcaya) y Fronteras y Terrenate (en Sonora). Iba a ser una campaña en toda regla, para la que no se escatimarían esfuerzos. Rubín advirtió que aquellos capitanes de presidios que no acataran las órdenes del virrey serían multados con seis mil pesos –equivalente al salario de diez años– y que serían suspendidos de inmediato de su trabajo y «licenciados con deshonor». Cada comandante tenía órdenes expresas de reclutar a todos los indios auxiliares que pudiera, así como de conseguir –en las misiones y en asentamientos civiles– la mayor cantidad posible de carne y provisiones para la tropa.



## CAPÍTULO 4

# NUEVA VIDA EN SANTA FE ALCALDE MAYOR Y CAPITÁN DE GUERRA

El gobernador Marín del Valle, una vez establecido en su nueva residencia, y puesto al día de los asuntos locales y de los constantes rifirrafes con indios nómadas en la frontera, se dio cuenta de que necesitaba un buen ingeniero y cartógrafo que integrar en su equipo. Solo así entendería dónde se hallaban las zonas fronterizas más problemáticas y podría informar de forma adecuada al virrey de los progresos en las negociaciones con los indios y en el establecimiento de nuevos colonos. Y lo mejor de todo es que Marín del Valle disponía del dinero necesario para pagar a este nuevo empleado municipal. Debió de ser el propio Marín del Valle quien saldara las deudas de Miera para que pudiera salir de la cárcel y hacer borrón y cuenta nueva. Miera se refiere en su carta de 1755 a «algunos vecinos caritativos» (*vid.* pág. 65) que le habían ayudado a salir de los apuros financieros y el gobernador debió de ser uno de ellos. Más aún, es posible que Marín del Valle cubriera los gastos de Miera en el traslado de El Paso a las inmediaciones de Santa Fe.

Lo que es seguro es que el nuevo gobernador, además de contratar a Miera como ingeniero cartógrafo, le ofreció el puesto de alcalde mayor y capitán de guerra de Pecos y Galisteo, que no era poca cosa. En esa época, Nuevo México estaba compuesto por ocho distritos diferentes: Taos, Villa de Santa Cruz de la Cañada, Los Queres, Villa de Santa Fe, Pecos y Galisteo, Zuñi, Laguna y Villa de Albuquerque. En cada uno de estos distritos había un alcalde mayor, que se ocupaba de los asuntos administrativos de la población. En teoría, todos los vecinos de un distrito vivían a menos de un día a caballo de la residencia del alcalde mayor, que

Bernardo de Miera y Pacheco, detalle del «Mapa de el reino de el nuevo Mexico» presentado al gobernador Marín del Valle, ca. 1760 (restaurado). Cortesía de la Mapoteca Manuel Orozco y Berra. Servicio de Información Agroalimentaria y Pesquera, SAGARPA, México, D.F., Colección Orozco y Berra, n.º 1148-OYB-721-A.

estaba situada en un lugar céntrico. En la realidad, los habitantes estaban más desperdigados que esa teórica distancia.

Las funciones del alcalde mayor y capitán de guerra eran variadas, actuaba como representante del gobernador en el distrito, o como un pequeño gobernador local. El puesto no era remunerado, pero sí que recibía compensación económica por servicios puntuales de tipo administrativo y judicial. También recaudaba multas. Como capitán de guerra, la labor consistía en organizar un equipo de hombres dispuesto a tomar las armas en caso de enfrentamiento con los indios nómadas; esos hombres eran colonos hispanos, también indios auxiliares de las misiones (es decir, indios en proceso de asimilación a la religión cristiana y a la sociedad hispana). El trabajo también consistía en coordinar acciones con los misioneros, mantener informado al gobernador y gestionar la toma de posesión de tierra de aquellos vecinos que habían recibido una merced real.

Los alcaldes mayores no siempre mantenían una relación armoniosa con los misioneros de los distritos; aunque se esperaba que un alcalde mayor, como representante real, respetara el poder divino –los misioneros–, estos dos poderes no siempre se ponían de acuerdo en asuntos terrenales. Con cierta frecuencia, los misioneros franciscanos se quejaban de que el alcalde mayor de turno abusaba de los indios de las misiones, bien cobrando tributos que no debía o haciendo que trabajaran sin remuneración. A veces, los alcaldes mayores también se quejaban de los misioneros, con acusaciones similares.



# DOSIER DE PRENSA



## CAPÍTULO 6

# ENTRE EL ESTABLO Y EL ESTUDIO EL RANCHO DE DON BERNARDO

Las responsabilidades de don Bernardo de Miera cambiaron con la llegada del nuevo gobernador, ya que dejó de ser alcalde mayor de Queres. Dada su habitual disposición e iniciativa, se lanzó a una nueva empresa: hacerse ranchero. En su localidad de residencia, Pueblo Quemado, a las afueras de Santa Fe, don Bernardo ya había mantenido una modesta granja con ganado. Ahora, pretendía ampliar su patrimonio y extender las responsabilidades. Para ello, buscó la colaboración de un tal Pedro Padilla, que vivía en Isleta (al sur de Albuquerque) y a quien Miera debió de conocer años atrás en El Paso. Juntos firmaron una petición con la intención de obtener una licencia real de tierras en las que poder criar ganado. Las tierras estaban situadas al noroeste de Santa Fe (cerca del actual Cuba, en el estado de Nuevo México) y Miera debió de haberles echado el ojo cuando se desplazó allí en 1762 para ejercer como juez en el caso del capitán Antonio Baca y sus dominios de Lagunitas. Precisamente, el lote de tierras al sur de las del capitán Baca no tenían propietario y fue allí donde Miera y su socio Padilla depositaron sus esperanzas.

Pero el asunto no estaba carente de riesgo. Las tierras estaban deshabitadas y no tenían dueño, pero se ubicaban en una zona fronteriza con los indios navajos conocida como del río Puerco. Aunque los vecinos navajos en ese momento estaban considerados «indios amigos», los colonos hispanos serían, de hecho, primera línea de defensa en caso de ataque de otro grupo indio por ese flanco.

Miera y Padilla presentaron su caso, escrito a mano por el primero. Para empezar, don Bernardo resumía su trayectoria vital: procedente de Chihuahua, se había mudado con su familia hacía veinticuatro años, primero al presidio de El Paso y después a Santa Fe, donde había sido un ciudadano ejemplar, siempre dispuesto a servir a la Corona. Esta lealtad era evidente en el informe de servicios a la Corona, que presentaba como documento adjunto y que resaltaba también los méritos de sus ancestros.<sup>12</sup> A continuación, justificaba la petición. Miera exponía que, por su parte, estaba falto de tierras para su ganado, tenía «unas Bacas que mas se pierden que se ganan por no tener paraje en donde poder pastarlas». Padilla estaba en una situación similar. Era propietario de una pequeña parcela que estaba constreñida al sur por el pueblo indio de Isleta y, en otras direcciones, por otras propiedades que la cercaban, lo cual limitaba su viabilidad.



Misión de Zuñi en la actualidad. Fotografía de Javier Torre.

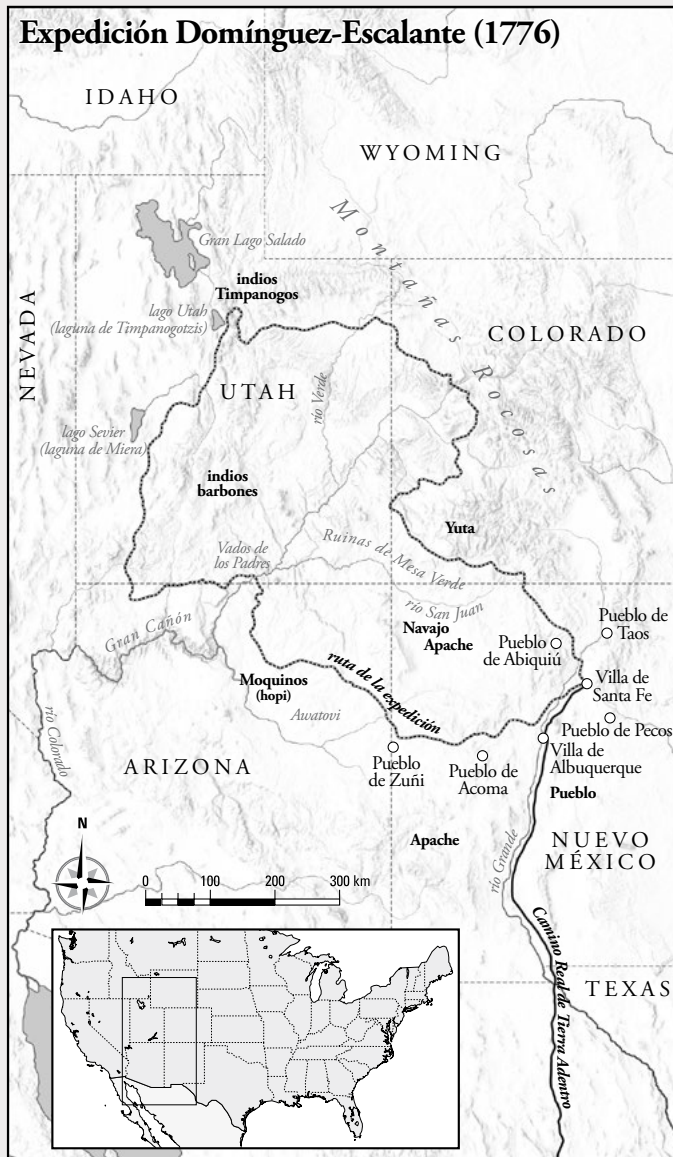
[...] por cuios motibos, y no perjudican con dho Ganado y Yeguas sea conbenido conmigo a registrar un pedazo de tierras que se hallan yelonas y despobladas, que estas son sobras por la parte de el sur de el sitio de salvador Jaramillo y d.n Ant.o Baca y por el poniente de sobras de la Merced de los de S.n Fernando de el Rio puerco. el paraje que registramos comunmente le llaman la Caña de los Alamos.

El 9 de febrero de 1768, el gobernador revisó el caso presentado por Miera y Padilla y, convencido por la argumentación de Miera y sus méritos, decidió concederles la propiedad de las tierras. El *sitio* (ese era su nombre técnico) debía medir cinco mil varas castellanas por un lado y quince mil por el otro, con una extensión total de 4423 acres o 1792 hectáreas. Medido de forma lineal, el terreno sumaba veinte mil varas.<sup>13</sup>



## CAPÍTULO 7

# PERSIGUIENDO UN SUEÑO CON DOS MISIONES LA EXPEDICIÓN DOMÍNGUEZ-ESCALANTE



Finalmente, después de que fray Silvestre se recuperara, la expedición se puso en marcha el 29 de julio con rumbo hacia lo desconocido. Los dos religiosos todavía tuvieron tiempo, en las horas antes de la partida, de enviar sendas cartas al religioso provincial en la ciudad de México. En ellas expresaban sus dudas acerca del éxito de la misión porque el número de expedicionarios, al final, era solo de diez, la

mitad de los que fray Silvestre había recomendado. De todos modos, confiaban en que Dios guiara sus pasos. Pasaron meses de largo silencio hasta que las autoridades volvieron a tener noticias de su paradero.<sup>20</sup>

Cuando, tras el largo paréntesis, los expedicionarios dieron señales de vida, lo hicieron mediante dos documentos de valor inestimable: el diario escrito en colaboración de los dos frailes, en el que se relataban las dificultades que arrostraron y donde se describían los asombrosos parajes que atravesaron en el peregrinaje; y el mapa elaborado por don Bernardo de Miera y Pacheco, que representaba la enorme región cubierta en un periplo que cubrió más de dos mil quinientos kilómetros y que trazó un amplio círculo sobre el territorio que hoy forma parte de los estados de Nuevo México, Colorado, Utah y Arizona.

En la actualidad se conservan varias copias de los dos documentos. El diario fue escrito a mano por el joven Vélez de Escalante, aunque era la obra intelectual de los dos misioneros; de hecho, va firmado por ambos religiosos. El manuscrito original –que fue enviado por los frailes al gobernador Mendinueta– está desaparecido, pero existen varias copias en diferentes bibliotecas del mundo. La primera que se hizo la custodia la Newberry Library de Chicago. En cuanto al mapa de Miera, la British Library de Londres conserva una versión dibujada en Chihuahua en 1778 (dos años después de la expedición) que lleva por título «Plano Geographico de la tierra descubierta nuevamente».<sup>21</sup>

Un viajero moderno, pertrechado con el diario de la expedición y el mapa de Miera, puede recrear perfectamente el periplo, puesto que el mapa de Miera marca minuciosamente con una cruz junto a un circulito rojo el lugar de acampada de cada noche o, como él mismo indicó: «Señal por donde íbamos haciendo las Marchas diarias»; el diario, por su parte, recoge la distancia recorrida cada jornada. De hecho, en 1976, en la celebración de los doscientos años de la marcha, un grupo de historiadores de la región participó en un proyecto que erigió, a lo largo del recorrido, un buen número de monumentos y placas conmemorativas.<sup>22</sup>

## CAPÍTULO 9

# «MI ÁNIMO, MAJESTAD, ES SERVIRLE HASTA MORIR»

### EPIDEMIAS, BODAS, NACIMIENTOS Y MÁS MUERTES

El invierno de 1783 tocaba a su fin y los días se hacían casi imperceptiblemente más largos. ¿Qué podría motivar a don Bernardo de Miera y Pacheco, que ya había cumplido los setenta años, para salir de la cama? Contaba con el genuino placer de disfrutar de la familia; con sus dos hijos y con su hija, así como con sus respectivos cónyuges y, naturalmente, con la alegría que infundían los numerosos nietos. Casi doscientos cincuenta años más tarde, en Nuevo México viven en la actualidad, literalmente, cientos de descendientes de Miera.

Tras la muerte de Estefanía, Miera fue capaz de sobreponerse al dolor y al vacío. Encontró consuelo al prestar atención, como había hecho siempre, a los asuntos del reino y al dedicarse a los proyectos artísticos, a la pintura y la escultura. Asimismo, siguió manteniendo contacto con la familia Anza. En febrero de 1784, el gobernador le citó en el palacio para que sirviera de testigo en una transacción entre dos miembros de la élite de Santa Fe. El alcalde mayor José Antonio Ortiz, (otro soldado distinguido del presidio, junto con Miera), había comprado una casa a doña Josefa Bustamante, patrona de la Castrense.<sup>8</sup>

#### UNA PAZ PRECARIA Y CON FECHA DE CADUCIDAD

Los treinta años de experiencia que Miera había acumulado con los indios de Nuevo México le aseguraban un lugar preferente en las reuniones con el gobernador Anza a la hora de planificar estrategias. Después de la muerte de Cuerno Verde, los líderes de las distintas tribus comanches se habían reunido y habían elegido a un representante, Ecuercapá, para que, en nombre de todos ellos, negociara un acuerdo con el gobernador. Después de treinta y cinco años de lucha

constante contra los hispanos y los indios pueblo ya estaban cansados de tanta violencia y sangre derramada. Además, la viruela había causado estragos en sus comunidades. Anza, a quien respetaban, había propuesto reconciliación y comercio; los comanches también creían que era hora de firmar la paz.

El 25 de febrero de 1786 se reunieron en Santa Fe los dos líderes y consensuaron un detallado acuerdo de paz que se firmó tres días después, el 28, en Taos, en presencia de doscientos guerreros comanches (a todos los cuales Anza abrazó, uno tras otro). A partir de ese día, hispanos, comanches, indios pueblo, indios yutas (que también suscribieron el tratado de paz) comerciaron sin reparos en Taos y Anza se aseguró de que no se produjeran abusos económicos en las transacciones por parte de los nuevomexicanos. Además, los comanches se comprometían a mantener la paz con los yutas. Un mes más tarde, los indios navajos llegaron también a un acuerdo de paz con Anza. La alianza de hispanos con indios pueblo, comanches y navajos se comprometía a enfrentarse juntos al enemigo común, los indios apaches, con la esperanza de alcanzar también acuerdos con ellos. Cuando habían transcurrido unos meses, en agosto de 1786, tres grupos diferentes de indios apaches (chokonens, mescalero y mimbrenos) firmaron acuerdos de paz con los españoles.<sup>9</sup>

La paz comanche y apache constituyó el mayor éxito obtenido en la frontera desde hacía cien años. No se trataba simplemente de un éxito militar y diplomático logrado por Anza –con la ayuda de su fiel don Bernardo–, sino que era un éxito de todos los pueblos que rubricaron el acuerdo, porque las disposiciones que consensuaron permitieron décadas (una generación, al menos) de relaciones relativamente estables entre todos ellos. La paz era precaria, pero prevalecía la idea de que la cooperación era mejor opción que el conflicto.<sup>10</sup>

#### Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - [comunicacion@despertaferro-ediciones.com](mailto:comunicacion@despertaferro-ediciones.com)

[www.despertaferro-ediciones.com](http://www.despertaferro-ediciones.com)



# DOSIER DE PRENSA

